

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín. 2,50
Idem del Suplemento. . . 0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.
Los liberos y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.
La correspondencia a Administrador del periódico.

Centro de suscripción.

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

Nuestro queridísimo amigo y compañero José Nakens ha tenido la inmensa desgracia de ver morir á la mayor de sus hijas, María, joven de catorce años y modelo de bondad, discreción y belleza.

Si algo puede mitigar dolores tan intensos como los que sufre nuestro querido compañero, es sin duda la simpatía que inspiran y las pruebas de adhesión y afecto que provocan.

Sírvale, pues, de consuelo el que han tomado parte en la pena que le aflige cuantos le conocen y, por lo tanto, le estiman.

Enviamos en su nombre la expresión de nuestra sincera gratitud á los colegas en la Prensa que le han dedicado sentidas y cariñosas líneas, y á los numerosos amigos que le han acompañado en tan amargos momentos.

¡AQUEL DON RUFINO!...

Era un hombre en toda la extensión de la palabra, aunque tenía el defecto de ser presbítero; pero lo era contra su voluntad y por la imperiosa ley de la subsistencia. Vestía la sotana como viste el actor el manto real en las comedias del antiguo repertorio, como ropaje de oficio, como prenda de guardarropía que sirve para ganarse el pan cotidiano. De las tres facultades que han dado en llamar *potencias del alma*, andaba muy escasillo de las dos primeras, pero en cambio poseía la tercera en grado superlativo. Tenía una memoria casi nula, escasísimo entendimiento; mas aquella voluntad de hierro, aquella constancia en sus propósitos, aquella inquebrantable asiduidad con que acometía sus empresas, sin desmayos ni desfallecimientos, le hacían estimable á todos cuantos le trataban y estudiaban á fondo su carácter.

Le conocí en la Casa de Campo. Todas las mañanas dábame mis paseitos por allí para respirar aire puro y serenar el espíritu, que después había de someter á la tortura de las cifras en el pupitre de las oficinas de la Deuda.

Allí bajaba también todas las mañanas un clérigo (D. Rufino), ayo de dos niños de familia noble: un muchacho de unos doce años, y una niña de diez.

Todos los días nos veíamos, pues yo buscaba los bancos de una glorieta en que se cruzaban dos calles de álamos, y aquel sitio era el predilecto de los niños para sus juegos.

Que eran de familia opulenta, conocíase á la legua: bastaba ver su mala educación y la soberbia con que imponían al clérigo sus caprichos.

—D. Rufino, ¿vamos á jugar al toro?—decíanle á lo mejor; y el presbítero, resignado, aunque demostrando su disgusto, respondía:—¡Vamos!

—¡Usted se queda!—añadían;—y él contestaba:—¡Bueno!—y salía disparado tras de ellos, persiguiéndolos sin poderlos alcanzar nunca, porque las faldamentas eran un obstáculo que le impedían correr, y cuando el aire no le quitaba el manto de los hombros, una ráfaga hacía rodar el sombrero de teja por el suelo.

¿Que dónde estaba la firmeza de ánimo de D. Rufino?—preguntarán ustedes al ver cómo se doblegaba á los caprichos de los niños. De eso voy á hablar.

A fuerza de vernos un día y otro, sentarnos en el mismo banco, ofrecernos mutuamente cigarros y charlar de cosas indiferentes, llegamos á tener algo de amistad, que se fué aumentando hasta el punto que un día, en tanto que los niños se habían ido á la fuente mineral, me atreví á preguntarle:

—¿Es posible que sea usted tan dúctil que se preste á servir de juguete á esos chiquillos?

—Amigo mío—me respondió,—no extrañará usted mi conducta cuando le dé ciertos antecedentes.

Estaba tranquilo en mi aldea, desempeñando sin título una escuela que me permitía vivir modestamente, y hasta pensaba casarme, cuando se presentó un maestro con título oficial, que no sólo me quitó la escuela, sino también la novia.

Yo soy cura por venganza. ¿Le extraña á usted? Juré vengarme, y como el párroco de mi pueblo estaba con un pie en la vida y otro en la muerte, me dije: Yo me haré cura, sea como sea... heredaré el curato, y entonces ¡ah! entonces! mortificaré al maestro, lo perseguiré, me vengaré completamente.

Me fuí á la capital (Toledo) y entré al servicio de los marqueses de... padres de esos chicos, á condición de que me dejasen asistir á las clases del Seminario. Con mucho trabajo hice mi carrera, pues tengo muy mala memoria y empleo un día en aprenderme media página.

Una vez ordenado, ofrecíome el marqués colocarme en un buen curato; mas yo no quiero sino el de mi pueblo. Es el mejor para mí, y no por sus rendimientos.

¿Ve usted esta sotana? Pues debajo de ella palpita una venganza contenida durante diez años. Por eso permanezco en la casa en calidad de ayo de los niños, y espero y espero. Si el cura de mi pueblo viviese aún cien años, me moriría aún con la esperanza.

He venido con ellos á Madrid é iré hasta el fin del mundo, hasta lograr mi deseo.

¿Quién había de decir que D. Rufino y yo habíamos de ser compañeros, vivir bajo un mismo techo y á expensas de un mismo jefe? Y así fué, sin embargo. Un amigo del marqués y mío me facilitó la secretaría particular, y anejo al sueldo tenía habitación en la casa.

Habían pasado seis años desde las madrugadas á la Casa de Campo. Los niños se habían metamorfoseado, y ya no jugaban al toro con D. Rufino: la niña estaba hecha una arrogante moza, y, con su madre, pasaba las mañanas en la iglesia y las tardes coqueteando en el balcón. El chico estudiaba, es decir, estaba matriculado en Derecho; derrochaba el dinero en las *timbas*, corría todo género de albuces; pero pertenecía á la hermandad de San Luis, protector de la juventud y conservador de la pureza y buenas costumbres de los jóvenes católicos.

Es verdad que tampoco D. Rufino estaba para juegos, porque andaba perdidamente enamorado (que también los curas se enamoran) de la cocinera de la casa.

La Juliana (que así se llamaba la ninfa del cura) era una chicota andaluza, guapa, frescachona, de buen humor, capaz de burlarse de un entierro. Con esto excuso decir que se divertía grandemente con D. Rufino, y que sin decirle una palabra que pudiera inspirarle la menor esperanza, le explotaba divinamente. Ya era una sortija, ya un abanico, ya, en fin, cualquier capricho que se le ocurría, únicamente para hacerle gastar dinero.

Harto comprendía el buen D. Rufino que la chica no le tenía una *maja* de cariño; pero como era constante, tenaz, y poseía una gran dosis de paciencia, confiaba al tiempo la tarea de ablandarla.

—¡Si no se está usted quieto, le voy á tirar una sartén á la cabeza!—oí decir un día desde mi despacho á Juliana.—¡No sea usted *pelma*, hombre! ¿Usted se ha creído que tengo tan mal gusto? ¡Mire usted que querer yo á un cura!... ¡Tendría que ver!... ¡Ea, he dicho que se marche usted!... Si no, llamo á la señora.

—No tengas tan mal humor, no seas así. Para que veas que me acuerdo de ti, toma el billete que he comprado para que vayas esta tarde al teatro.

—¡Uno solo!—dijo Juliana cogiéndole.—Yo necesitaba dos.

—¿Para qué?

—¡Toma! Uno para mí y otro para mi novio.

D. Rufino se estremeció de ira, se mordió el puño y se retiró á su cuarto mohíno y cabizbajo.

¡Y nada! Que el tonsurado seguía en sus trece y la muchacha en sus catorce.

—D. Rufino—dijole un día la marquesa—no parece sino que quiere usted meterse á



cinero. No sé cómo ni cuándo hace usted el rezo. ¡A no ser que se lleve usted el breviario á la cocina!... ¡Usted conspira contra mi despensa! ¡Es claro, como ésa es tan tonta, le sacará usted las mejores chuletas! ¡Todo el día golosinando y tan poco como le luce!

Pero lo bueno de verdad fué un día que el presbítero se hallaba en un pasillo esperando que pasase Juliana para darle un pellizco.

Era verano; las ventanas que daban al patio estaban cerradas, y por consiguiente oscuro el pasillo, y D. Rufino aguardando como el gato que acecha el paso del ratón para echarle la zarpa.

Sintió el rumor del roce de una falda, vió después una silueta de mujer que se acercaba, y cuando estuvo á su alcance metió tal pellizco al ama de llaves (pues ella era), que la pobre vieja puso el grito en el cielo. Escapó el engañado presbítero, bajó una escalera que conducía al jardín, y allí empezó á pasearse entre los setos de lilas como si nada hubiera pasado. En cambio un criado, á quien echaron la culpa, fué despedido de la casa.

¡Siempre pagan los seglares los delitos de los curas!

Si no estuviera tan trillado eso de que la gota de agua horada la peña, vendría aquí como de molde.

Algún tiempo después ya no reñían el cura y la cocinera, sino que andaban en frecuentes cuchicheos. Y ¡cosa rara! Al par que aquél engordaba y recobraba sus perdidos colores, perdía ella los suyos y estaba ojerosa y mustia.

Cuando estaba más amartelado con Juliana, recibió D. Rufino carta de su pueblo, en que le anunciaban la muerte del párroco y la vacante del curato. ¡Qué dicha para él la de realizar el ideal acariciado durante tanto tiempo! ¡Qué satisfacción la de poder saciar todos aquellos rencores comprimidos!

A los pocos días tuvo la credencial en el bolsillo y se dispuso á emprender el viaje.

Como daba la casualidad de que Juliana había solicitado, por motivos de salud, ir á restablecerse á su pueblo, y éste distaba poco de la parroquia á que D. Rufino iba destinado, á nadie extrañó que hicieran el viaje juntos.

¡Qué siniestra alegría la del cura cuando mirase á su compañera de viaje y meditara los medios de hacer mayor daño al pedagogo, que ni se acordaría ya de él!

¡Con qué evangélica caridad pensaría en mortificar á su ex-novia, la mujer del maestro, dándole en la cara con Juliana, más joven, más guapa y más engalanada que ella!

Y aquel hombre, que tales pensamientos abrigaba, iba á ser representante de Jesucristo en la aldea, y á predicar paz y concordia, justicia, castidad... y otras muchas virtudes que los curas tienen... ¡escritas en el Evangelio!

LUCIO.

EL BU

¡Que viene el Bu!

¡Habéis pensado alguna vez, lectoras mías, en la relación que existe entre un hueso de una aceituna y un olivo, entre un grano de trigo y una espiga? ¡Habéis pensado alguna vez, viendo un pinar, en que aquellos airosos y corpulentos árboles que encantan vuestra vista y os convidan á descansar bajo su sombra, no son más que unos cuantos piñones exactamente iguales á los que os entreteneis en partir con vuestros fuertes y monísimos dientes? ¡Habéis pensado alguna vez que las tórtolas que arrullan desde esos pinos y vuelan por los aires, y los peces que nadan en el vecino río, no son en sí otra cosa que simples huevecillos, tan ténues los de que proceden estos últimos, que podríais ensartar varios de ellos en la punta más sutil de vuestra más diminuta aguja? Pues si nunca os habéis detenido á reflexionar en estos verdaderos portentos de la Naturaleza, siquiera por una vez, por hoy tan sólo, hacedme la merced de reparar en ellos. Así comprenderéis la importancia de todo lo que es *germen* en la vida, y os daréis claramente cuenta de las transformaciones por que pasa toda *semilla* hasta llegar á su completo desarrollo. Así comprenderéis sin es-

fuerzo alguno que las cosas al parecer más distintas no son muchas veces más que formas diferentes de una misma cosa, como lo son, en los ejemplos citados, los huevecillos y el pez, el hueso de aceituna y el olivo.

Pero ¿qué es el Bu? El Bu, palabra que, según un eminente orientalista, procede del hebreo y significó en su origen *caos y confusión*, es para vosotras un ser puramente quimérico é imaginario que evocáis para intimidar á los niños. Para vosotras, que candorosamente creéis estar en el secreto, este ser no existe, y la ficción de él os sirve para ejercer sobre vuestros hijos ó vuestros hermanitos el ascendiente necesario para haceros obedecer y respetar. El Bu es, por lo tanto, un delator de vuestra falta de arte ó de vuestra flaqueza, y un recurso á que apeláis para destruir la obra que en más de una ocasión habéis creado vosotras mismas con *mimos* imprudentes.

Los *mimos* constituyen uno de los venenos más activos y peligrosos para la naturaleza humana que conoce la Química moderna; sus estragos, funestísimos siempre, dependen de que las madres, desdeñando la importancia de los *germenes*, ignoran en la mayoría de los casos que la *voluntariedad*, el capricho, esto es, la voluntad no dirigida por la razón, es un *germen* que aparece en los niños desde los primeros días de la vida. Niño que durante el primer año ha dominado, siquiera sea por unos medios al parecer tan indirectos como el del llanto ó la sonrisa ó la gracia infantil, es niño que ya necesita un Bu para enseñarse á obedecer, mejor fuera decir á *obedecerse*. En fuerza de haber sido *amo de todos*, es ya un verdadero *esclavo de sí propio*. Quiere la luna, y es preciso servírsela en bandeja; y como esto no es posible, llora, grita, se desespera y os desespera á vosotras, que en vano le mandáis ó le rogáis que calle. Desesperadas, faltas de fuerza moral y con la sangre más negra que el carbón, recurrís á un medio supremo: apeláis al Bu. ¿Sabéis lo que es el Bu para los niños?...

El Bu, que es para vosotras un ser imaginario, es para el pobre niño un ser real, negro, horrible, deforme; un ser siempre maléfico, y cuya presencia está temiendo siempre; un ser repugnante que se complace en el daño, que roba los hijos á sus madres, que habla con voz bronca y cavernosa, que pega porrazos en las puertas y no se deja ver; que puede, sin ser visto, caer de improviso sobre él y comérselo, y que, si alguna vez llega á presentarse, es enmascarado, envuelto y rebujado en un trapo negro, con ojos fosforescentes, con los cuales mira á través de la horrible máscara y parece como que chupa la sangre, impresión motivada por lo que realmente sucede en este caso, á saber: que, retirándose la sangre de toda la superficie del cuerpo, afluye al cerebro, al corazón y á los pulmones de una manera irregular y desordenada, originando multitud de trastornos, ya nerviosos, ya orgánicos, y de una importancia tan grave como por lo general desconocida. ¡Cuántas lesiones del corazón, cuántas lesiones cerebrales y de los órganos respiratorios tienen su raíz oculta y *germen* primero en estas violentísimas impresiones de la infancia!...

Por fortuna, diréis, el Bu va desapareciendo. El cura, el sereno y aun el pobre *aguador*, han venido á sustituir á aquel ser imaginario. El cariño de las madres, sobreponiéndose á las falsas ideas que, precisamente á nombre de la religión, les han imbuido, ha inventado el *Coco*, el cual es ya un Bu en decadencia, tan decadente, que ha venido á ser reemplazado hasta por los mismos *ángeles*, seres tan quiméricos é imaginarios como su terrorífico abuelo. Así lo comprueban estas dos coplas de cuna:

Duérmete, niño mío,
que viene el *Coco*
y se lleva á los niños
que duermen poco.

Duérmete, niño chiquito,
duérmete, y no llores más,
que vendrán los *angelitos*
cantando y te llevarán.

Los *ángeles*, divinidades menores de que hay ejemplos en todas las religiones positivas, las cuales han dividido al mundo celestial y natural en legiones de seres benéficos y maléficos, los *ángeles* se han convertido, dentro del hogar, en verdaderos *cocos* que hurtan su oficio al Bu y á las adormideras. El amor de la madre, venciendo la ignorancia de la mujer, acabará por relegar al Bu á la ínfima categoría á que ha quedado reducido el Demonio, menos listo ya que cualquier muchacho medianamente travieso y avisado.

Mientras esto sucede, es necesario atacar al Bu hasta en sus últimas trincheras; porque en mantener

la creencia en este ser, tan inverosímil y absurdo como todos los llamados *espirituales*, están interesados los eternos explotadores de la conciencia humana, para quienes no es un misterio que los que creen de niños en el Bu, crearán de adolescentes en las brujas, de adultos en el Demonio, y, por último, de viejos en un Ser Omnipotente que condena por toda una eternidad.

Las ideas del Infierno y de las penas eternas, verdadero Bu de las personas mayores que tienen la desgracia de poseer mucha fantasía y de que Salomón haya pasado á galope por su mollera, produjeron multitud de locos en la edad media, y los herejes, dipeetas ó pescadores de herencia, *corriendo la bola*, como dicen en Andalucía, de que el mundo iba á acabarse, se enriquecieron en el siglo x de un modo fabuloso, acaparando los caudales de cuantos, por temor á las calderas de Pedro Botero, Bu de aquellos mentecatos, no vacilaron en desprenderse de sus cuantiosos bienes. Hoy, por fortuna, los tiempos han cambiado, y los más fervorosos católicos, compradores de bienes nacionales, no están dispuestos á cambiar, ni siquiera mano á mano, metro de tierra por metro de Paraíso; pero la antigua tendencia subsiste aún: las órdenes religiosas se enriquecen á nuestra vista á costa de la imbecilidad, del vicio y de la hipocresía, escarneciendo á la industria y al trabajo, y esto enseña que aún se explota la idea del Bu en la más productiva de sus múltiples formas.

Contribuid vosotras, por lo tanto, honradas madres de familia, á no sembrar ni consentir que siembren en el corazón de vuestros hijos la idea del Bu, semilla de lo sobrenatural y de lo falso. Recordad que no en balde dice el adagio que *lo que con el capillo se toma, con la mortaja se deja*; y, por último, que la superstición, la creencia en el Bu, el Infierno de mañana, es, no sólo fuente de gravísimas enfermedades, que suelen tardar á veces años en dar la cara, sino la *semilla* peor que en el pecho de sus hijos puede sembrar una madre española: la *semilla del miedo y de la cobardía; la semilla de la impostura y del fanatismo religioso*.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

EL PLUS VITA

Es un vino medicinal, inventado por un cura del Ferrol, que reúne sinnúmero de propiedades curativas, por ser nada menos que estomacal, depurativo, antituberculoso, antivenéreo y antisifilítico.

Todo esto lo explica detalladamente el doctor Garrido clerical en un extenso prospecto, en el que, después de ensalzar á Dios Todopoderoso, se mete á investigar las causas de que enfermen tantas jovencitas, y dice:

«Hemos conocido un considerable número de esbeltas y hermosas jóvenes, bien sanas y robustas, y que, efecto sin duda de la presión del corsé, así como también el degradante vicio del onanismo, fueron afectadas de tisis pulmonar, bronquial, etc.»

Como ven ustedes, el buen presbítero conoce á fondo las adolescentes y las causas de sus enfermedades; conocimientos que habrá adquirido sin duda en el confesionario, en libros tales como *La Moral Jesuítica* del Padre Sánchez, y acaso en algunas experiencias hechas *in anima vili*.

Pero que continúe el charlatán místico:

«En vista de la existencia de enfermedades mortíferas, tan frecuentes en nuestros días y casi desconocidas en otros siglos, era preciso que el Ser Supremo, por su infinita misericordia, tendiera su clemente mano sobre la doliente humanidad, haciendo que apareciese un heroico remedio para tan horribles enfermedades».

Y naturalmente, el elegido por el Señor para cobrar á los hombres ese licor celeste, fué el propio cosechero, esto es, el propio químico-tabernario.

Lo que de seguro no le encargaría el Omnipotente, es que le recomendara también «para banquetes, bailes y demás fiestas, en las cuales existe el riesgo de que una pulmonía concluya con nuestra existencia».

¿Nuestra? ¿También usted, padrecito, se corre esos jolgorios? ¡Vaya, hombre! ¡Ahora salimos con ésas? ¡Inspirado divino y bailarín de paso?

Entre los comprobantes que *pour faire l'article* exhibe, se cuentan las siguientes curaciones:

«Un maquinista de la Armada que había sido afectado varias veces de sífilis y su sangre se había viciado y empoisonado, tomó el *Plus Vita* y se restableció».

Cierto oficial que venía padeciendo durante seis años unas purgaciones rebeldes (así como suena), también se curó de tan molesta y vergonzosa molestia.

Un dependiente de barbería de esta (del Ferrol) ciudad, después de haber pasado continuos padecimientos de una uretritis venérea, de las que se denominan de garabatillo, con tres frascos del *Plus Vita* quedó perfectamente ».

No quiero continuar copiando curas de este género; pero de la enorme lista resulta que ni Ricord,

ni Olavide, ni Castelo, ni los más notables especialistas de enfermedades sifilítico-venéreas, han realizado entre todos juntos tantas curaciones como el cura con su vinillo. En algo se había de conocer que el Ser Supremo inspiró la fórmula.

Lo que más me asombra, son los conocimientos del *pater* en tan sucio ramo de la Medicina. ¡Qué modo de exponer los síntomas, el génesis, desarrollo y planes curativos de las enfermedades! No siendo médico, no comprendo cómo está tan instruido en eso, á no ser que... ¡detente, lengua!

El autor también debe su salud al milagroso específico, porque también padeció «de dolores de espalda, copiosos sudores con la consiguiente tristeza y tetricidad...» (¡Caracoles!)

Y lo confiesa el bendito con la mayor frescura. El, que tanto entiende del arte de curar, no se le ha ocurrido que alguien pudiera atribuir esos síntomas á una enfermedad que la tristeza de la soledad engendra, y que Tissot y Pouillet han tratado con alguna extensión.

Por no ser difuso diré que el autor no vende por lucro su invento, sino que lo hace por amor á la humanidad; así es que ha puesto á cada frasco el insignificante precio de cincuenta reales.

Ya lo saben los presbíteros: por dos duros y medio, pueden tener un vino que, además de ser estomacal en alto grado, es muy útil en el seno de las familias clericales.

Aunque el autor no lo anuncia, creo que las comunidades religiosas tienen derecho á rebajas proporcionales á la importancia del consumo.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

De buena gana hubiera pagado á elevado precio un billete de espectáculos por presenciar el que dieron en la iglesia parroquial de San Martín de Provencals un *parroquén* y su vicariote.

Sobre si se había ó no se había de celebrar la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, armaron la de Dios es Cristo. El primero, vestido de ceremonia y preparado para dar la primera comunión á una porción de niñas vestidas de blanco, que sus respectivas familias acompañaban: el segundo, cubierta la testuz con su bonete, desde una ventana de la sacristía que da al interior del templo.

La plática que las niñas esperaban oír antes de desayunarse con el pan eucarístico, se convirtió en un concierto de injurias y en un torrente de iras y soberbias.

Hubo mientes como puños y puños que hubieran trabado conocimiento con las canónicas *fisonosuyas*, si algunos fieles inocentes no intervinieran en el debate, así en el templo, como después en la sacristía.

Muchas niñas huyeron de la iglesia asustadas; pero otras siguieron firmes en su católico puesto, sostenidas por sus familias, esperando á que la mansedumbre evangélica se restableciera entre los *curidrófobos*.

El escándalo fué mayúsculo; si supiera que había de repetirse, haría expresamente un viaje para asistir á la función.

Así, así es cómo echan raíces los principios católicos en el corazón de los creyentes.

Al cura de Barbadele
le han largado el gran camelo

por culpa del *parroquén* de Piñeira.

Falleció un joven de trece años, y su padre dispuso costearle un entierro solemne.

Buscó el *cuervo* de Piñeira otros cuatro, y entre los cinco armaron el gran tiberio místico-funerario, encargándose de la suerte suprema el de Barbadele.

Mientras la estaba consumando, tuvieron una disputa el padre del finado y el *parroquidermo* de Piñeira, por negarse éste á que se encendiese la cera que aquél había costado.

Incomodado el feligrés, resolvió dar á los pobres los diez reales que destinaba para responsos, y ahorrarse los cinco duros de los funerales que debían cantarse después de la misa, y así lo hizo, quedándose los cuatro curas compuestos y sin *quita*.

El celebrante, que no se había apercibido del altercado, terminó su misa y se dirigió al padre del muerto, pidiéndole la *mosca*; negóse éste á dársela, diciéndole que quien le hubiese llamado que le pagase, y en un tris estuvo que no se liaran á mordiscos el de Barbadele y el de Piñeira, por haber hecho el primero abandonar al segundo su iglesia y decir la misa sin percibir un cuarto.

El entierro se verificó civilmente, y los *cuervos* se quedaron llorando la fuga de los cuartos que ya creían tener en el bolsillo.

Escarmienten en cabeza ajena los presbíteros groseros y exigentes (casi todos), y no tiren mucho de la cuerda, porque no están los tiempos para tirárselas de plancheta.

Preparábanse unos funerales en la iglesia de San Miguel de Manresa, y el templo estaba lleno de fieles, parientes y amigos del finado en cuyo honor iban á celebrarse.

Asoma la *jeta* por el presbiterio un *cucaracha*, y mira por allí con señales de impaciencia y disgusto.

Al poco rato sale vestido con el ropaje de *berrear* y se pone á entonar el oficio de difuntos, mirando hacia la sacristía, pues, según parece, los otros dos *cuervos* que deben ayudarle á *graznar* se están guaseando de él y del público, sin querer salir al templo.

Se cansa el *curiano* de *berrear* á solas, y lleno de ira exclama:

Si no'm veniu á ajudá, me'n vaig; que, traducido literalmente, quiere decir: Si no me vienen á ayudar, cojo el manto por lo más estrecho, me largo á mi casa y que cante el Nuncio.

Acto continuo salen dos curas revestidos, riéndose á grandes carcajadas, y, uniéndose al otro, le ayudan á celebrar los funerales.

¿Si les parecerá decente á esos presbíteros andarse con bromitas en la iglesia y ante un túmulo?

A haber presidido yo el duelo, ya me hubiera vengado de la única manera que les duele á los de la clase: no dándoles un céntimo.

Si dispusiera de espacio, insertaría íntegra una carta que me envía un cura gallego lamentándose de los desaguisados que, según él, comete el obispo de Tuy en la provisión de curatos.

Se conoce que al comunicante le han birlado ó no le han concedido alguno bueno, y escribe de un modo

que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.

Que si el prelado hace mangas y capirotos á favor de sus predilectos, colocando en las mejores parroquias á *maletas* místicos que apenas conocen el arte.

Que si en cambio posterga á diestros que han torreado en muchas parroquias con habilidad y éxito.

Que si el arcipreste, gran amigo del mitrado, se trabaja de paso los cargos de administrador, diocesano y provisor.

Este es el que debe haber reventado al *benigno* comunicante, porque, con la piadosa intención que es de suponer, apunta el dato de que se chupa cincuenta mil reales al año, etc., etc.

Pero ¿á mí qué me importan esos líos? Allí se las entiendan ellos, pues me tiene sin cuidado que el obispo haga canónigo, si se le ocurre, á su mozo de cuadra ó al mulo de su coche.

Precisamente, cuanto más arrimado á la cola, mejor para desempeñar ese cargo.

Berlanga de Duero ha sido testigo presencial de un estupendo milagro, capaz de convertir por sí solo á impíos, herejes y demás patrulla infernal.

Andábanse tristes y malhumorados los labradores de aquella localidad porque ni una bendita nube dejaba caer su bienhechora lluvia sobre la cosecha, no obstante haber hecho rogativa (á secas y sin chirimbolos místicos) á la Corte Celestial, cuando un día el señor cura, hombre que lo mismo se cuele una azumbre de vino entre pecho y espalda que un duro en la faltriguera, se ofreció gratuitamente á poner en juego la intercesión de la Virgen en el asunto, mediante la suma de treinta *chulés*.

Carillo les pareció á los labradores; pero, al fin, tras de regatear duro más, duro menos, se arregló la cosa de modo que saliera la Virgen.

Hasta la Carrascosa llegaron, y, una vez allí, los *clerigancos* se desabrocharon los alzacuellos y comenzaron á cantar que se las pelaban.

¿Cómo no había de llover? Vaya si llovió... una granizada que produjo la pérdida de la cosecha. Mas, eso sí; Dios, queriendo corroborar aquello de que da ciento por uno, hizo que aquellos granizos fueran suficientemente grandes para sembrar en cada cabeza una cosecha de chichones como panecillos.

Y váyase lo uno por lo otro.

Clerizángano, cazador de oficio y bebedor de afición, gran *juerguista* y amigo de faldas... adivinen ustedes quién es.

—¿Terreño, el de Ribadeo?

—No, pero se le parece mucho.

Es un prójimo que tiene relaciones amistosas con las Senciñas de San Lázaro, madre é hija, aunque más especialmente con la última. Hace poco entró en su casa en ocasión que las dos estaban en la cama, y como es tan guasón, bullanguero y jaca-randoso, se plantificó las faldas de una de ellas, y con una escoba remojada en agua de fregar empezó á darlas hisopazos, cosa que indignó á la madre hasta el punto de que se levantó, trincó al *pater* por

el cogote y en un tris estuvo que no hiciese un *clerimiquicidio*.

Desde entonces anda reñido con su suegra... espiritual, y ésta con él; y si el cura dice de la vieja que es una bruja, ésta dice de él que es un... cura. En fin, que no sería extraño que el mejor día la Senciña vieja le pusiera la presbiterial *jeta* como el plano de una iglesia, para edificación de impíos y regocijo de creyentes.

Que tarde mucho es lo que sentiré.

Vive en Cádiz una *barbiana* muy devota de los santos, y, á pesar de eso, buena madre de familia.

Apuradísima por ver á un hijo suyo gravísimamente enfermo, se encomendó al Santísimo Cristo del Polvorín, cuya fama para curar desahuciados y hasta casi para resucitar muertos es proverbial en la población.

Rezó la mujer largo y tendido, confiando ciegamente en la protección del Cristo; mas como hace milagros cuando le conviene, en esta ocasión no le convino y el muchacho se murió.

La devota, que tiene el genio un poco vivo, y más entonces que la espoleaba el dolor, no se pudo contener; llevóse las manos á la cabeza y exclamó con ira flamenca:

¡Ay Cristo del Polvorín!
¡Si esos son tus milagritos,
que me los claven aquí!

«Dende chiquitiya besándote, ¡y pá una ves que te he nesesito me lo pagas así, Señor mío Jesucristo!»

Estos católicos son deliciosos. Cuando los santos cumplen sus caprichos, regalitos y oraciones; pero, si una vez les faltan, capaces son de echarlos á un pozo.

¡Oh desinterés de las almas piadosas!

Ya escampa, y llovian Mollinas, digo, peder-nales.

Por si no bastaban las filtraciones de Cuba que todos conocemos, se ha descubierto un camelo místico que Dios tira.

«En la Sección de Gracia y Justicia de la Isla, Capítulos V y VI del anteproyecto de Presupuesto para el año económico de 1887 á 88, se nota la diferencia, con relación al Presupuesto actual, de 33.186 pesos 72 centavos (personal) y 2.400 pesos (material).»

Esta diferencia consiste en no figurar en el anteproyecto esa cantidad, consignada en los anteriores desde añeja fecha, á favor de ¡catorce curas! ¡cuarenta y un tenientes de curas! de ¡siete parroquias! que no existen, según se justifica en el expediente que se acompaña, como se lee en la obra del Sr. Roda.

¿Que quién se chupa esos momios? ¿Y yo qué sé? El arzobispo es quien tiene obligación de saberlo.

Ya sé, *parroquidermo* de Pozo-Cañada (Albace-te), que lees con gusto el piadoso Morín, aunque en público dices pestes de él.

Comprendo que te incomodases conmigo si dijera que te pasabas las noches jugando en el Casino, que escatimabas los ochavos á los acólitos y por eso no tenías ninguno, con otras gracias por el estilo; mas no diciéndotelo...

Pero hablando de otra cosa, ¿por qué te saliste el otro día bufando del teatro en que se representaba *El Arcediano de San Gil*? Una de dos: ó no ir al teatro, ó permanecer hasta el fin de la función sin dar una escena de sainete al público. Esto es lo racional.

Aunque precisamente por esto no lo harás tú nunca.

Al que va á la bodega, por vez se le cuenta, beba ó no beba.

A ti te lo endoso, *parroquidermo* de San Juan de Morales de Toro, por ver si dejas de visitar los santuarios de Baco.

En pago de mi advertencia, te ruego me digas lo que sepas de un cura de por ahí que anda liado con una tal María, *chica* guapa de diez y ocho cuasmas, que miente más que habla y tiene una hermana á quien catequiza el *sacris*.

Por si no caes en quién es, voy á darte más señas: le cuelgan el milagro de un robusto niño que ha dado á luz una tía de la supradicha Mariquita; chico que por lo mamón y glotonazo merecía ser presbítero.

¿No caes todavía? Pues no eres torpe que digamos. El más burro de tus feligreses hubiera ya adivinado de quién se trata.

El Manifiesto de Cádiz viene asustado de lo que barbarizan los sacristanes de aquella población, y conste que es poco asustadizo.

«Hay, dice, quien empieza el Rosario diciendo: ¡Pon la señal de la santa cruz!—Quién gruñe muy serio: ¡El primer misterio del gozo es la función del hijo de

Dios!—Quién propala muy orondo: ¡El tercer misterio es la caída del Espíritu Santo sobre los Apóstoles en forma de leguas de fuego!

«Hay otros que destrozan la Letanía, y dicen con un sonsonete especial, que da la hora: *Mater armirabili: Mater divina gracia: Kirie lison: santa trinitatunus Deo: Mater armirabili.*—No faltan algunos que, muy penetrados de su buena pronunciación, dicen: *sucu tera en un principio en un ensempe é nin secula seculorum, amen!*»

Con semejantes ridiculeces, ¿cómo se ha de conservar la fe en las almas?

Con razón decía una vieja contemplando una imagen de San Antonio que tenía en brazos á un niño, representado de un modo muy naturalista:

¡Pare mío San Antón!
Con ésas y otras cositas
se pierde la devoción.

Desfile de santas, sabias y eruditas, que presenta un periódico neo:

«Santa Olimpiades sostenía á San Crisóstomo» ¡qué atrocidad! «en sus combates por la causa de Dios y de la Iglesia».

«Santa Catalina convertía á los diez y ocho años al cristianismo á los filósofos de Alejandría». Esto sí que lo creo á pies juntillos; porque, al que no se deja convertir por una mujer de diez y ocho años, no le convierte una de ochenta.

«Santa Melania arrancaba de las tinieblas del paganismo á Boluciano, cosa que no había podido lograr San Agustín».

En cambio, hoy no van las damas católicas á la iglesia más que cuando hay buena orquesta, y prefieren una audición de ópera al mejor sermón del mundo.

No me extrañan las lamentaciones del tonsurado, periodista de afición. Se acordará de aquellos felices tiempos en que le mimaban las beatas, y dirá con el Dante:

*Nesum magior dolore
che ricordarse del felice tempo
Nella misera...*

—¡Adiós el copón bendito!—exclamó el sacristán de Esparraguera viendo el sagrario abierto sin la piadosa copa y las formas sobre el altar.

Llamó á la Autoridad, acudió ésta, y hecho un minucioso registro, resultó que lo que parecía robo no era tal, sino un donativo hecho á la iglesia, pues apareció el copón (aunque magullado), mas una palanqueta y varias prendas de vestir.

Supongo lo que sería. Un ladrón arrepentido entró con la intención de orar, y la llegada del sacristán le impidió consumir su intento (porque los ladrones penitentes son muy modestos), y entonces se salió dejando como ofrenda dichos objetos de su propiedad (ó de la ajena).

¿Quién sabe si nos habremos perdido un San Dimas por la inoportuna llegada de un *sacris*?

En una aldea vecina á Riotinto vive una familia de que forma parte una niña de diez años, cuyo abuelo, sacristán por cierto, murió hace veintidós años.

Hace pocos días se presentó el difunto sacristán á la niña, lamentando no sé qué apañes de cera y pidiendo que se le dijera una misa.

Y el amigo *Cara* armó una misa que daba el opio, cobrando muy buenos cuartos.

¿Querrán ustedes creer que aun en la iglesia volvió á presentarse el sacristán á la niña? Esta empezó á dar voces: —¡Que me coge, que me coge!

Y se conmovieron las beatas, en tanto que *Cara* se frotaba las manos de gusto.

¡Válgate Dios, hormigueta de las Minas! ¡Qué *chirumen* tan fecundo tienes para agenciarte ochavos! Casi tan fecundo como para trastearte Hijas de María.

Dice un periódico *carcatólico*:

«Los miembros de la Compañía de Jesús eran diez mil treinta y nueve en 1879; después de tantas persecuciones, el año 1886 eran once mil ochocientos noventa y seis. Preguntado un Padre acerca de los efectos de la persecución, decía: «De cuando en cuando el viento sirve para esparcir la semilla; por ahora, muchos jesuitas partirán para las misiones, á las que les lleva su fe y caridad ardiente: después, Dios proveerá».

No todos los vientos son á propósito para esa operación místico-agrícola á que se refiere el *pater*.

Cuando soplan vientos Arandas y Pombales, no queda un grano en la panera, y se dan casos de hacer con tales cereales un pan como unas hostias.

Cual la hogaza de 1834.

Tengo á la vista el siguiente documento que ha dirigido á un feligrés el cura de Santa Cruz de Paniagua:

«Apreciable Sor Matías: En el preciso término de 24 horas le prevengo á V. que me pague 75 reales que son

mis derechos y del sacristán por el entierro de Alfonso, que de D. G., pues de lo contrario procedo en justicia para que sepa V. y su hijo *mineros* y comp.^a los deberes que tienen de justicia y que el párroco es el primer heredero y no V. Sin más prometo cumplir lo que digo.

El párroco,
FÉLIX CORCHERAS.
(Rábica.)

¿Qué les parece á ustedes la humildad del amigo Corcheras?

¿De qué alcornoque habrá salido tan excelente corteza?

Un milagro recién hecho.

Existía en Tudela un individuo que, al parecer, no *quipaba* ni jota, y era fiel postulante en la puerta de los templos.

Al pasar una procesión comenzó á chillar, diciéndole que ya *diquelaba* las *jetas* de los curas, los *jocicos* de las beatonas y yo no sé cuántas cosas más.

Como la comedia fué bien representada, alcanzó los honores de milagro; pero se me ocurre una duda, y es que á ese individuo le falta algo que ver: la vergüenza de los que le aconsejaron el papel de protagonista en comedia tan burda.

Si la ve, ¡vive Dios! que le regalo un costal de mentiras que me dió hace poco un cura.

Dice un periodicucho neo:

«El 2 del actual, en el Portazgo de Roussillon, una desgraciada mujer de setenta y seis años que vivía en concubinato, decía viendo salir de la iglesia á las personas que habían asistido al oficio vespertino:

«—¡No cayera el techo de esa *barraca* para aplastar á todos esos *clerizontes* y botarates! Segura estoy que no había de cogerme debajo.

«Así ha sido en efecto; pero á la mañana siguiente se la sacó *aplastada* de entre los escombros de su casa, que se había desplomado durante la noche».

Si á castigo de Dios se atribuye esto, ¿qué nombre debe darse á los incendios y derrumbamientos que ocurren frecuentemente en las iglesias?

¡Cuánta majadería y cuánta pampirolada!

¿Qué tal marchas tú, el de Nonduermas, con tus feligrésas, y especialmente con esa Hija de María, viuda de *Cristo*? (A su marido le habían puesto por mote el nombre del Redentor.)

Dicenme que te ayuda extraordinariamente en las *timbas* que armas en tu casa, y en algo más que no es del caso explicar.

No te alabo el gusto; pues ya que te embarques, que sea en naves de nueva construcción, y no en barcas averiadas que ya han hecho naufragar al patrón.

¿No es una lástima que un cura de tantos bríos como tú se emplee tan mal?

Para desahogado, el predicador que fué á la villa de Masnou. Encaróse con las mujeres y, reprendiéndolas su vanidad, dijo:

«No sé á qué viene ese orgullo, cuando, para parir, tanto sufrís la una como la otra».

Y añadió luego:

«Eso no hace falta que yo lo diga; vosotras lo sabéis mejor que yo».

Y hay quien dice que alguna de las que lo escuchaban podría haber demostrado que no hubiera estado mal en boca del *pater* una parodia de estos conocidos versos:

Si no vencí reyes moros,
engendré quien los venciera.

—Dime, niño, ¿quiénes son los mansos?

—Los que llevan los cencerros.

—No es eso. Mansos son los presbíteros tolerantes con las flaquezas del prójimo, por ejemplo, el *parroco* de La Viñuela (Zaragoza); el cual, viendo que á un muchacho que iba en una procesión se le enredó el estandarte entre dos ramas, se dirigió á él, amenazándole y llenándole de improperios, así como también á los demás muchachos que iban en la procesión. Ahí tienes un modelo de mansedumbre, y, sin embargo, no lleva cencerro. Aunque merecía llevarle.

Un vecino de Los Palacios (Cuba) escribe á un periódico lamentándose amargamente de que se haya recogido poco dinero para la fiesta de la Virgen patrona de la localidad. El comunicante se oculta bajo el anónimo, pero á coz de presbítero se le ve la sotana.

¿Hay apurillos y exigencias por parte del ama? Pues, amigo, paciencia y barajar, ó no meterse en obligaciones matrimoniales.

También Santoña ha sido visitado por los misioneros, habiendo, como es consiguiente, manifesta-

ciones carcas, procesiones, niños con banderitas, autoridades y soldados.

Sacaron los gaudules los cajones de la quincalla mística, y vendieron rosarios de Lourdes, medallitas y otros cachivaches piadosos.

Ande el baratillo, Reverendos Padres. Por si quedan pocos días de liquidación, dad salida á las mercancías viejas.

Los jesuitas de la Habana, no contentos con ocupar de *valdivia* uno de los mejores edificios del Estado, arman sus rifas piadosas de brazaletes, devocionarios y otros artículos de puro lujo y ninguna utilidad, todo esto *debidamente autorizados*.

Si se tratara de allegar fondos para algún objeto benéfico, fácil sería que el Gobierno prohibiera la rifa; pero, tratándose de una timba ignaciana, ¿quién piensa en ello?

Aprended, presbíteros españoles, á tener trastienda como vuestros colegas de Sicilia.

Para dar mayor relieve á lo que del Diablo decía, un predicador sacó un monigote con dos cuernos y se lo enseñó al auditorio.

Quizás fuera un retrato del marido de alguna de sus confesandas.

¿Que por dónde andará aquel capellán castrense á quien expulsaron de Santoña por haberle sorprendido *infraganti* en la fonda cometiendo actos pecaminosos con el asistente de un teniente amigo suyo?

Lo ignoro; mas, donde quiera que se halle, teman por su seguridad personal los jóvenes de buen aspecto.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Lisboa.—Hay aquí dos jóvenes de distinto sexo, primeros carnales, que se aman y quieren casarse, pero no tienen dinero para costear el papel ése con que la curia romana le demuestra á uno que no es primo de su prima y anula la consanguinidad mediante unos ochavos. Si estos muchachos se dejasen llevar por los instintos de la carne, que pierden á tantos curas, y un día cometiesen el doble delito de amancebamiento é incesto, ¿quién sería el responsable moral?

—Hace usted mal en preocuparse con tales cosas. ¿Para qué existe el matrimonio civil, tan válido como el canónico y más barato?

OBRA NUEVA

BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

MORAL JESUITICA

ó sea

CONTROVERSIAS DEL SANTO SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

SU AUTOR

TOMAS SÁNCHEZ (EL CORDOBÉS)

De la Sociedad de Jesús

Traducción del latín.

Véndese al precio de cinco pesetas.

Los suscriptores á EL MOTÍN la recibirán con el 25 por 100 de rebaja.

ADVERTENCIA

Hemos puesto ya á la venta el libro que contiene EL TESTAMENTO del cura Meslier, autor de la célebre obra DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN, precedido de la correspondencia que sostuvieron Voltaire y D'Alembert en elogio del libro y de su autor.

A continuación va la curiosa y graciosísima obra ENSAYO SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE ALGUNAS ESPECIES DE MONJES.

Precio del libro: dos pesetas.

Los suscriptores directos á EL MOTÍN la recibirán con la rebaja del 25 por 100.

LIBRO NUEVO

Acaba de ponerse á la venta un elegante tomo de 240 páginas, titulado CANTES FLAMENCOS (colección escogida), donde hemos recopilado lo mejor de cuanto ha producido la Musa popular, tanto en «Soleares», como en «Seguiriyas gitanas», como en «Coplas flamencas», como en «Serranas», como en «Cantares», propiamente dichos.

Tanto por su contenido, como por su artística cubierta, su esmerada impresión y su buen papel, es superior á cuanto en su clase se ha publicado.

A pesar de esto, sólo costará 3 pesetas, recibiendo los suscriptores directos á EL MOTÍN con el 25 por 100 de rebaja.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4